

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|----------------------------------|-----------|--|
| | 5 | Trinidad y Eucaristía |
| <i>Lucio Florio</i> | 7 | Los Lugares del Encuentro Trinitario |
| <i>Alberto Espezel</i> | 16 | Encarnación - Resurrección - Eucaristía |
| <i>Jean Corbon</i> | 24 | Rezar y Celebrar en la Trinidad Santa |
| <i>María Manuela de Carvalho</i> | 42 | Dimensión Trinitaria de la Adoración Eucarística |
| <i>Adriana Rogliano</i> | 50 | La Trinidad y la Gracia en la Divina Comedia |
| <i>Sante Babolin</i> | 59 | El Icono de la Trinidad de Rublëv |
| <i>Alberto Espezel</i> | 71 | Gisbert Greshake, <i>Der Dreieine Gott, Eine trinitarische Theologie,</i> |
| <i>Juan Francisco Franck</i> | 73 | De la interioridad a la trascendencia |

Los Lugares del Encuentro Trinitario

Aproximación al Dios de Jesucristo
a partir de las realidades
creaturales en el contexto de una nueva era religiosa

*por Lucio Florio**

La elaboración de una idea de Dios constituye el centro de las innumerables religiones que han cubierto la faz de la tierra, así como el núcleo de las múltiples filosofías que no pueden prescindir de la pregunta por este vértice de la realidad. Todas estas concepciones de Dios hoy en día se nos presentan -en razón de la globalización comunicativa y cultural- en una pluralidad asombrosa, aunque también en una extraña y confusa síntesis. Como en una especie de gran panteón universal aparece una pluralidad multiforme y variable de dioses, con figuras que mutan de acuerdo a las combinaciones más extrañas. En cierta medida, existe en la actualidad un mercado religioso que ofrece imágenes de distintas tradiciones religiosas o simplemente de confección reciente, a fin de que cada consumidor "arme" su propia deidad personal u hogareña. Una suerte de "autoservicio" y "hágalo usted mismo" ha comenzado a formar parte de la mentalidad común en materia religiosa¹.

En este contexto, radicalmente diverso del agnóstico o ateo de décadas pasadas en Occidente, cobra actualidad la escena de Pablo en el Areópago (cf. Hech. 17, 22-34). El Apóstol, ante la vista de la abun-

* Sacerdote, La Plata profesor de Teología Dogmática en diversos institutos. Miembro del consejo de redacción de la revista.

1- Cuestión ya preanunciada por sociólogos de la religión, como es el caso de Peter Berger: "La pluralización de los mundos de sentido por parte de la sociedad moderna ha hecho que resulte muy difícil conseguir cualquier tipo de certeza, no sólo en lo religioso y en lo moral, sino incluso con respecto a la propia identidad del individuo. Dicho de un modo más sencillo: El hombre moderno tiene que preguntar continuamente qué es lo que puede creer, qué es lo que debe hacer y, en último término, quién es él" (*Pirámides de sacrificio. Ética política y cambio social*, Sal Terrae, Santander, 1979 p.202; cf. *Rumor de ángeles. La sociedad moderna y el descubrimiento de lo sobrenatural*, Herder, Barcelona 1975, pp. 80ss.).

dancia de divinidades de los atenienses, intentó vanamente anunciarles a Cristo, dando nombre a la estatua del dios desconocido dividida entre otras muchas imágenes:

“En efecto, mientras me paseaba mirando los monumentos sagrados que ustedes tienen, encontré entre otras cosas un altar con esta inscripción: ‘Al dios desconocido’. Ahora, yo vengo a anunciarles eso que ustedes adoran sin conocer” (23-24).

La situación es hoy en día más compleja que la de Pablo: la pluralidad religiosa es mayor, más sincrética y, además, incluye en su panteón la presencia del Dios cristiano. Se trata, en efecto, de un panteón post-cristiano. El Dios de Jesucristo -mutado, mezclado, desfigurado- integra un muestrario icónico-teológico, no pudiendo ya anunciárselo como la explicitación de un dios sin nombre y sin rostro.

1. La originalidad del Dios de Jesucristo

El cristianismo tiene su propia idea de Dios. Sin embargo, no se trata de una elaboración puramente cultural, un producto más de la creatividad de los pueblos. Por el contrario, para los cristianos se asienta en la confianza en una revelación del mismo Dios, comenzada con el pueblo de Israel y culminada en Jesucristo. En efecto, a través de una larga experiencia, el pueblo de Israel fue conformándose una idea extremadamente pura y trascendente pero también cercana y acompañante de Dios: el “Dios santísimo” es también el “Dios de Israel”, el Dios de la Alianza. Se trata de un Dios único, pero también de un Dios misericordioso, con entrañas maternas.

Sin embargo, la manifestación plena de sí mismo se dio en Jesucristo. Como explica la carta a los Hebreos:

“Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo” (Heb. 1, 1-2)

Cristo es el gran revelador de Dios, puesto que es su misma Palabra eterna (cf. Jn. 1,1). Su vida y su predicación ponen de manifiesto la intimidad divina. Asimismo, introducen la novedad de la existencia de “tres quienes” en el seno del único Dios. En efecto, Jesús habla permanentemente de su Padre (cf. Lc. 15; Jn. 14, 1-14) y anuncia también al Espíritu Santo (cf. Jn. 16, 4-15), sin dejar de afir-

mar su propia condición divina.

2. Pero, ¿cómo podemos pensar e imaginarnos a este Dios?

La expresión del monoteísmo trinitario no fue tarea fácil. La elaboración de conceptos apropiados para "decir" a este Dios -ni solamente uno como el de los judíos, ni mucho menos múltiple como el de las religiones circundantes- le implicó a la Iglesia un largo y controvertido proceso de varios siglos. Las expresiones admitidas como "ortodoxas", es decir, como aptas para apuntar de una manera no ambigua hacia el misterio de Dios, fueron acuñadas en medio de largos y profundos debates. Son estas las fundamentales: naturaleza y personas, relaciones, procesiones, misiones, etc. La aparentemente ingenua expresión: "un único Dios en tres personas" sintetiza gran parte de un profundo debate en el que se ponía en juego la correcta confesión del Dios cristiano. Pocos recuerdan hoy día que una palabra tan de uso común como "persona" ha tenido su matriz de nacimiento en aquella ya lejana controversia trinitaria.

Ahora bien: la formulación del dogma trinitario y los conceptos fundamentales para expresarlo lo menos incorrectamente posible fueron ya establecidos en los primeros siglos de la Iglesia. Sin desmedro de que pueda ser profundizada la teología trinitaria -y lo ha sido en los siglos recientes- para el creyente normal, el no iniciado en las sutilezas teológicas, se plantea una cuestión más inmediata, podríamos decir experiencial. Habría que plantear de este modo la cuestión: ¿cómo puedo yo pensar a Dios? Puesto que mi inteligencia está integrada a la sensibilidad, ¿cómo puedo pensar imaginativamente a este Dios revelado en Jesucristo? En otras palabras: ¿de qué manera puedo yo hacerme una idea de lo que es Dios?

Esta pregunta tiene un precedente lúcido en la que se formulaba san Agustín de Hipona en su obra sobre la Trinidad en el siglo IV:

"Pero, ¿cómo amar por fe esta Trinidad desconocida? ¿Ser, acaso, guiados por una idea genérica o específica, como cuando amamos al apóstol san Pablo? Ignoramos en absoluto si su rostro es como nosotros nos lo imaginamos, pero al menos sabemos qué sea un hombre. ¿Existen acaso otras muchas trinidades y conocemos algunas por experiencia, de suerte que, aplicando la regla de la analogía, según un concepto genérico o específico podemos rastrear lo que es aquella y la amamos sin conocerla por la semejanza que ofrece con algo ya cono-

cido? (...) La cuestión estriba en saber de qué analogías y comparaciones nos servimos cuando creemos en Dios, a quien amamos sin conocerlo².

San Agustín -un buen teólogo problematizador- propuso ya la gran cuestión: ¿cómo podemos hacernos una idea de este Dios Trinidad a partir de lo que vemos y oímos? ¿Cómo podemos pensarlo con nuestra propia experiencia humana?

3. Los lugares del encuentro trinitario

a. Cristo y la Iglesia

Sabemos bien que hay una diversidad innumerable de caminos para llegar a Dios. Sin embargo, Dios mismo ha tomado la iniciativa de darse a conocer a sí mismo y a su designio de salvación para la humanidad. Como se ha dicho, en Jesucristo Dios se ha mostrado en su interioridad, de manera tal que el lugar de encuentro con Dios es primeramente la figura de Jesús. De manera prioritaria es por su mediación que se hace posible acceder al misterio del Dios: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Jn. 14, 9).

Asimismo, la Iglesia es el gran sacramento de Cristo en el tiempo. Ella prosigue la misión de anunciar a los divinos tres. A partir del mandato de Cristo de bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt. 28, 19), la Iglesia se ha transformado en sacramento de la Trinidad. Mediante sus sacramentos, su predicación de la Palabra y su misma vida, ella es signo e instrumento de la presencia del Dios trino en la existencia cotidiana de los hombres.

Jesucristo, pues, es el único y gran lugar del encuentro con el misterio del Dios unitrino. La Iglesia -en su humanidad pobre y pecadora- es quien nos lo comunica en la historia. De esta manera, sólo en Cristo y en la Iglesia, en cuanto prolongadora de su presencia, hallamos el auténtico *topos* (lugar) del encuentro con la Trinidad.

Sin embargo, podemos legítimamente seguirnos preguntando con san Agustín: ¿hay otras trinidades que nos sirvan para imaginar y pensar al Dios trinitario? Supuesta la autocomunicación de Dios en Jesucristo y la instrumentalidad de la Iglesia para hacerlo presen-

2- De Trinitate, VIII, 5, 8.

te: ¿nos sirven las realidades naturales y humanas para conocer mejor a este Dios que nos ha sido revelado?

La respuesta es afirmativa: toda realidad sirve de vehículo para una mejor comprensión de la Trinidad. En otras palabras, todo lo visible y audible, todo lo que conforma nuestro mundo, puede ser un lugar para el encuentro trinitario. Sin confundirlas con el único y trascendente Dios, todas las cosas y experiencias que el ser humano tiene pueden ser lugares de encuentro con la Trinidad.

b. La naturaleza como vestigio

La naturaleza -entendida como la parte de la creación que no incluye al ser humano- ha sido pensada por los teólogos como un ámbito desde el cual pensar e imaginar al Dios trino

El espacio territorial primario del ser humano es el universo. El hombre es un ser que, de manera imprevista y simultánea, descubre tanto su ser personal como su ser en un mundo. La percepción e interpretación de este "lugar" primigenio en el que irrumpe, un complejo y vasto universo- supone para cada hombre un primer acto de orientación topográfica. Para la cosmovisión cristiana, este mundo natural es esencialmente una *creación*. Es decir, su entidad depende de un Dios hacedor, quien lo puso en la existencia y quien lo continúa conservando en ella. Esto permite que el creyente pueda configurar un mapa del planeta Tierra y del universo conocido, *interpretados bajo su condición de creatura*. Además, en la medida en que se trate de un creyente cristiano, esta persona visualiza e interpreta la geografía como creada por el Dios de Jesucristo; por lo cual el mapa mencionado pondrá en relación la figura de este territorio natural con la del Dios creador trinitario³. La tradición teológica originada en san Agustín califica a esta figura natural -particularmente a aquella no espiritual- como de *vestigio trinitario*, distinguiéndolo de la figura relacionada con el marco humano.

3- Jean Daniélou, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, ed. Paulinas, Madrid 1969 (orig.: *La Trinité et le mystère de l'existence*, Desclée De Brouwer, Bruges 1968): "...se establece desde el principio en la Biblia una relación fundamental entre la Trinidad y el mundo de la naturaleza, entre la Trinidad y el cosmos, de manera que la redención será la reanudación y la reasunción por parte de la misma Trinidad creadora de este universo que es suyo, porque ella lo ha creado, para llevarlo a la plenitud de su cumplimiento. Hay aquí una relación ontológica, inicial, fundamental entre la Trinidad y la creación". (...) "El mundo material no tiene su principio sino en la acción de las Personas divinas, y, de otro lado, está todo él llamado a ser reasumido y transfigurado por las Personas divinas" (p. 16). "Este enraizamiento originario de la creación en la Trinidad es un punto de partida inicial que no hay que olvidar jamás; un punto al que siempre es preciso volver primaria y originalmente. El hecho de que se adviertan distinciones evidentes, esferas de acción diferentes; que el hecho de abordar el universo desde un punto de vista científico o desde un punto de vista contemplativo emanen de dos encuadres diferentes, no dice sino que se trata de dos puntos de vista proyectados sobre un único universo. Sobre el mismo universo en que se desenvuelve la ciencia y que constituye el espejo a través del cual se nos manifiesta la Trinidad" (17).

Este vestigio trinitario ha sido interpretado como tal de diversa manera. En nuestro tiempo, la comprensión de la naturaleza ha sufrido una modificación de enormes proporciones, por una doble razón. En primer lugar, por la poderosa ampliación cognoscitiva a la que la ciencia ha arribado. Nuestro conocimiento del planeta Tierra y del universo es muy superior al de siglos pasados. En segundo lugar, por la crisis ecológica que afecta al planeta en el que el ser humano habita. La perturbación y modificación de la Tierra hacen de nuestra naturaleza inmediata una naturaleza fuertemente humanizada.

En este contexto, la naturaleza sigue siendo un lugar del encuentro trinitario, por su belleza y su armonía. La naturaleza habla del Dios trinitario. Ahora bien: la actual sensibilidad ecológica subraya el equilibrio presente en los sistemas naturales. Hay un orden dinámico, en el que las diversas especies vivientes coexisten. Este orden es en sí mismo eco del eterno orden trinitario. En el seno de Dios, en efecto, "conviven" las tres Personas en la inmensidad del único ser divino. En una comunicación perfecta pero sin diluirse una persona en las otras (lo que técnicamente se ha denominado "perijóresis"), se desarrolla la eternidad de Dios. Los ecosistemas, en el orden de la creación, reflejarían esta realidad de su fuente. De allí que la naturaleza equilibrada manifiesta algo de Dios mismo. Es, en este sentido, un lugar trinitario.

c. El mundo humano como "imagen": la sociedad y la familia

Basándose en el Génesis, la primera antropología teológica delimitó al ser humano como imagen de la Trinidad. Fue el mismo san Agustín quien trazó la frontera entre el *vestigio* -lo no espiritual- y la *imagen* -el mundo humano-. Sin embargo, el teólogo de Hipona focalizó su reflexión fundamentalmente sobre el hombre individual y, en particular, sobre su alma. En nuestro tiempo se ha puesto de relieve la dimensión relacional del hombre-imagen trinitaria: puesto que ha sido creado de manera plural, es el conjunto humano el que manifiesta más ajustadamente a la Trinidad, misterio ella misma de diversidad en la unidad⁴.

4-4 Cf. Klaus Hemmerle (La Trinità: vita di Dio, progetto dell'uomo, Città Nuova editrice, Roma 1987): "Solo il 'modello trinitario' offre la possibilità che ciascun singolo sia a suo modo origine della società, e che la società sia tuttavia qualcosa di più che la somma dei singoli, che abbia un'unica vita comunitaria la quale sia tuttavia la vita di ciascun singolo. Io, l'altro e la comunità diventiamo ciascuno, di volta in volta, inizio, scopo e mezzo del movimento" (66). "Tutte le questioni fondamentali dell'umanità di oggi: quella dell'economia, della tradizione e della trasmissione della vita; quella della corporeità, che significa saper vivere e saper morire; la questione dell'abitabilità del mondo; quella di un sapere libero dall'ideologia; e infine, la questione della comunicazione, tutte dipendono dal fatto che si riesca a disegnare un'immagine dell'uomo che abbia il suo prototipo nella Trinità" (143).

En este sentido, *la familia* es un lugar de visibilización de la figura trinitaria. El ser humano nace bajo la atmósfera de una familia -con innumerables modos culturales- y normalmente desarrolla su historia personal en ella y en otra que él mismo va generando. Su vivencia familiar le ayuda a vislumbrar y comprender algo de cómo es Dios mismo. En efecto, es ya un dato aceptado que la Trinidad puede ser pensada en términos familiares⁵. Es que Dios, misterio de la unidad de tres en el amor eterno y sin fracturas, puede ser intuido como una familia en la que el diálogo y la comunión de vida coinciden con una personalización absoluta de cada una de las personas divinas. Obviamente, como sucede con toda aplicación de una idea humana al misterio de Dios, es preciso marcar los límites de la analogía: Dios no es una familia de padre, madre e hijos; tampoco hay sucesión temporal, puesto que eternamente fueron y serán así. Sin embargo, la Trinidad Santa tiene lo fundamental del constitutivo de una familia humana: la comunión de vida en el amor y la distinción de personas sin confusión o mezcla. Esto permite que se pueda hablar de la "familia trinitaria" sin por ello convertir la imagen de Dios en una extraña congregación de dioses, al estilo de las religiones paganas.

Se trata de un único Dios, con una triplicidad personal, cuyo clima de vinculación es un amor sin restricciones, por lo cual le cabe correctamente el concepto de "familia". De esta manera, en la geografía mundana el hombre se encuentra con el *topos* familiar, el cual ofrece una muy fecunda posibilidad de acceso a la figura trinitaria. La familia es, pues, un lugar para el encuentro trinitario. Allí es posible en-

5- Antonio Sicari ("Símbolos familiares", *Comunio* (ed.chilena), nro. 20 (1989), 12-25) afirma: "...los riesgos de esta aproximación teológica nos parecen hoy infinitamente menores que los que se encuentran con cualquier otro método: vale más 'imaginar', aunque sea mal, tres personas reunidas en un lazo de amor tan intenso que los une en un solo ser, que 'imaginar' un Dios con distintos rostros, todos igualmente huidizos, u ocupado en operaciones psicológicas complicadas. Por cierto, la familia no es imagen de la Trinidad en virtud del nombre nuclear (padre, madre, hijo), ni porque se busque reencontrar en la Trinidad y distribuir diferentemente entre las personas divinas los arquetipos masculino y femenino con sus roles respectivos.

Ella lo es, por el contrario, en el punto crucial, estrictamente simbólico del asunto. En efecto, toda la familia humana porta en ella, imborrable y quemante como una cicatriz, el sueño de una comunión de las personas tan perfecta que se pudiese hablar de fusión en la unidad, sin que por eso esta unidad signifique la abolición de las personas particulares y de su diversidad. En otras palabras, lleva en sí un sueño trinitario y es en él donde se arraiga la función simbolizadora.

Hemos hablado voluntariamente de 'sueño', para indicar que la familia terrestre se encuentra dramáticamente en equilibrio entre la exaltación gozosa y la frustración rabiosa, entre la esperanza y la desesperación. Por un lado, la unidad la fascina y la atrae y la mueve hacia un ideal exigente; por el otro, una barrera insuperable de incomunicación se levanta siempre entre las diversas personas y las empuja lejos unas de otras. Por un lado, su diversidad es un bien inestimable; por el otro, es fuente de división y de miedo.

Es por eso que una familia se encamina ya sea hacia la experiencia mística, que comienza para todos los cristianos por el Sacramento (y entonces ella vive su sueño trinitario considerado como la muestra de algo que está dado 'desde ahora', pero sin estar aún plenamente revelado y poseído: como don y perdón), ya sea hacia la destrucción de la familia misma, rechazada como mentira y relación social ficticia, o como un tejido de lazos absurdos."

riquecer nuestra mirada de Dios, misterio de la unidad en la diversidad bajo la ligazón del amor.

Más ampliamente considerado, la misma *sociedad* está llamada a ser un lugar de encuentro con el misterio del Dios Trinidad. En efecto, al menos en una perspectiva ideal, la sociedad igualitaria y diversificada daría fundamento a una experiencia de la sociedad divina, en donde la distinción de personas coexiste con una igualdad de dignidad de las tres. De allí que haya sido dicho que la Trinidad es el "programa social" por excelencia⁶. Una convivencia social que acentúe las distancias entre ricos y pobres, en las que algunos "sean" más que otros en razón de su poderío económico o político, en síntesis, una sociedad no equitativa, opacaría el llamado a una igualdad de dignidad personal que la unidad de las tres Personas reclama. Asimismo, una organización social masificante, colectivista, en la que la totalidad tenga la primacía por sobre los individuos, tampoco permitiría transparentar al misterio de un Dios en el que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son absolutamente distintos entre sí, aún compartiendo el mismo y único ser divino.

Es claro que la concreción de este "modelo trinitario" no resulta simple, como si se tratase de la aplicación de un principio matemático. Tal es así que en las últimas décadas han aparecido dos corrientes antagónicas en su visión socio-política que apelan al fundamento trinitario: una de corte más socializante⁷ y otra neocapitalista⁸. Esta disparidad en el abajamiento práctico del principio trinitario no destruye su validez, sino que recuerda la necesidad de otro tipo de análisis -sociológico, ético, histórico, etc.- que lo complementen. De todos modos, permanece válida la afirmación de que la Trinidad es inspiradora para la sociedad humana: como su fuente, como su modelo y como su final. De este modo, el *topos* social es también un lugar para el encuentro trinitario.

6- Cf. Enrique Cambón, *Vivir la Trinidad. Pistas para una nueva sociedad*, edit. Ciudad Nueva, Buenos Aires 1998; tamb. Ib., *La Trinidad como modelo de la sociedad: desafío para la catequesis de adultos*, *Didascalia*, mayo de 1995, n. 3, 11-2; además: Bruno Forte, "Trinidad cristiana y realidad social", *Estudios trinitarios* 3 (1987) pp. 394-399.

7- Cf. Leonardo Boff, *La Trinidad, la sociedad y la liberación*, Madrid 1987; Ib., *La Santísima Trinidad es la mejor comunidad*, Madrid 1990.

8- Cf. Michael Novak, *Libertad con justicia. El pensamiento social católico y las instituciones liberales*, Bs.As. 1992, 304; también la exposición del pensamiento de Novak con citas de fundamentación trinitaria del "capitalismo democrático" en Giovanni Reale/Dario Antiseri, *Il pensiero occidentale dalle origini ad oggi*, vol. 3, de. La Scuola, Brescia 1994, 867.

Conclusión:

Decía la constitución pastoral "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II que el ateísmo podía colaborar a purificar nuestra idea de Dios, obligando a desprenderla de prejuicios o ideas demasiado míticas. De igual modo, esta nueva efervescencia religiosa puede servir de puente para una visión más integrada de Dios y una clarificación de la originalidad del Dios de Jesucristo.

Un punto clave para dicha purificación es la identificación lo más precisa posible del Dios que ha sido testimoniado en las Escrituras y profundizado por la fe de la Iglesia. Sin embargo, de nada serviría anunciar claramente al Dios bíblico, si no pudiéramos apelar a las realidades cercanas que nos sirven de aproximación al misterio divino. Como advertía en modo indirecto la pregunta de san Agustín, se hace necesario el recurso a lo que vemos y oímos. De allí la importancia de lo que la teología clásica ha expresado como *analogías trinitarias* y que, utilizando un lenguaje más cercano, hemos denominado *lugares trinitarios*. La naturaleza, aún en su versión modificada y culturalizada, el mundo humano especialmente su dimensión familiar y social, pueden ser aptos como instrumentos para una mayor profundización en el misterio del Dios cristiano. Misterio que, por cierto, quedará siempre en la penumbra de la desemejanza que existe entre Dios con respecto de todas las cosas que hay en la creación.